

Crisis Actual de la Medicina

Dr. Eric Mora Morales*

La medicina actual está en crisis. Esto es, se encuentra en un conflicto. Por un lado, el apego a la medicina tradicional. Por otro la orientación hacia una medicina moderna. De este conflicto tiene necesariamente que surgir una solución. Una buena solución. Muchos se preguntan: ¿Por qué existe crisis? Sencillamente porque los cambios originan crisis. Los primeros son inevitables, producidos por el avance diario, constante y progresivo de la ciencia. Esto crea la crisis que estamos viviendo. Se percibe ante la meditación de los problemas que el ejercicio de la medicina origina a cada instante. Los cambios dan lugar a choques contra situaciones preestablecidas. Oponen obstáculos a intereses anteriores.

Como la vida misma, el progreso es un movimiento permanente que nada puede detener. La medicina no escapa a este fenómeno general. Antes bien, lo utiliza en su favor y deduce lo beneficioso para la humanidad. ¿En dónde estriba pues el conflicto? Sencillamente en que el progreso no ha sido parejo. El desarrollo formidable de la ciencia en los últimos años no ha ido acompañado de un desarrollo similar del espíritu. El hombre en la intimidad se siente cada vez más sólo, a pesar de estar rodeado de progresos materiales portentosos. Ha creído que la ciencia es en sí un fin, sin darse cuenta que no es más que un medio para lograr el fin. En medicina esto ha producido al médico que pleno de ciencia, olvida al enfermo como ser humano. Ve y estudia el síntoma, la lesión orgánica o el trastorno fisiológico que este síntoma traduce, pero se olvida que el enfermo es algo más que un conjunto de síntomas producidos por fenómenos orgánicos, fisiológicos o psíquicos. Quiere ver en el trastorno, dándole nombre nosológico, una finalidad cuya corrección por los medios terapéuticos llevaría al hombre al estado de normalidad. Quiere, de la corrección del defecto de una parte la corrección del todo. Trata de deducir el todo de una parte. Error. Este método equi-

* Director de la Unidad Sanitaria de San Ignacio de Acosta.

vocado ha producido la problemática de encontrar una solución mejor. En su búsqueda están ahora los paladines de la medicina. En este camino, los últimos años han visto cambiar el panorama de la medicina clásica por el de la medicina moderna.

Antes la lesión orgánica era el motor que movía la medicina. Demostrarla era el principal interés. Surgió así la anatomía patológica. Todo quedaba demostrado por la lesión orgánica. Pronto los espíritus inquietos se dieron cuenta que esto no bastaba: Había enfermos sin lesión orgánica. ¿Qué sucedía? La fisiología vino a demostrar que las alteraciones funcionales producían también enfermedades. Se convino entonces que las "lesiones fisiológicas" de los órganos, llamadas después trastornos fisiológicos, podían explicar otras muchas enfermedades. Nació entonces la fisiopatología, correlación entre la función normal y la alterada —sobre un sustrato anatómico— con su conjunto de manifestaciones. El entusiasmo fue enorme, justificado. ¿Pero que pasaba frecuentemente? Que no se podía demostrar una causa fisiopatológica y sin embargo el individuo estaba enfermo! Se pasó entonces a reconocer la influencia de la mente en la parte orgánica del ser. Vino la era de la medicina psicosomática. Trastornos en la psique, de múltiples orígenes, que repercuten en el funcionamiento de los distintos aparatos y sistemas, muchas veces hasta producir lesiones orgánicas: siendo el ejemplo más conocido la úlcera péptica gástrica o duodenal. Y el camino inverso también: un agente patológico origina un cambio en la fisiología que se altera para dar la fisiopatología de la enfermedad. La continuación del agente llega a producir un cambio estructural y fisiológico. El primero, lesión orgánica, demostrable por el microscopio y todo en conjunto alcanza a repercutir en la mente del enfermo alterando su comportamiento. Continúa avanzando la ciencia y cada vez se hace más evidente que las reacciones fisiológicas tienen un sustrato químico: asistimos al nacimiento de la bioquímica: explicación en términos físico-químicos de los trastornos producidos por la enfermedad en el metabolismo del sujeto. Los más grandes avances se producen en este terreno y muchos misterios dejan de serlo al conocer los componentes celulares y sus reacciones bioquímicas en su interior y en los distintos líquidos del organismo.

¿Pero se reduce todo a lo anterior? Evidentemente que no. Continúan muchas interrogantes sin resolver a pesar de la anatomía patológica, la fisiopatología, la bioquímica y la llamada medicina psicosomática.

Se comienza a entender que las disciplinas anteriores son medios apenas para lograr un fin. Este es el conocimiento del hom-

bre como un todo, integrado a su realidad histórica, cultural y socio-económica en que le corresponde vivir. Crece, por así decirlo, la medicina antropológica. Un paso imposible de detener en el progreso. Pero como se dijo al principio, tiene que chocar con lo establecido y esto origina la crisis. Hemos dicho "crece la medicina antropológica" porque en realidad no se ha creado últimamente. Viene desarrollándose desde los tiempos de la medicina primitiva de la superstición y el mito; de la medicina humoral de los griegos, del oscurantismo de la Edad Media; del renacer en la Era Bacteriológica unido a los grandes descubrimientos en los métodos de diagnóstico y tratamiento modernos. Los últimos grandes cambios sociales y económicos han hecho que la medicina antropológica se desarrolle rápidamente. Es una de las respuestas a las interrogantes para encontrar la verdad en el campo de la medicina. Esta disciplina —ciencia y arte— forma parte del conjunto de actividades desarrolladas para que el hombre viva física, mental y socialmente más sano. Por lo tanto, no se puede separar drásticamente de las que fortalecen el cuerpo y el espíritu. En consecuencia, entre más completa e integral sea la educación instrucción que se proporcione a los estudiantes de medicina y a los médicos, mejor será el concepto que se formen del problema y más cercano a la realidad será su proceder terapéutico.

El motivo que me ha movido a escribir estas líneas estriba pues en dejar esbozados algunos aspectos de la crisis y señalar el peligro de inclinarse unilateralmente hacia un solo campo, sin hacer el esfuerzo de ver el conjunto. El resultado así obtenido, poco productivo, crea la duda de la efectividad de los métodos puestos en práctica, nace la crisis. Al no entender sus causas, se toma partido en uno u otro sentido y se llega a decir como justificación, que el avance moderno obliga a la superespecialización. Bien es cierto que en la medicina actual las especialidades son necesarias como producto del enorme conocimiento desarrollado, imposible de aprender y aplicar por un solo hombre, pero lo que debe pretenderse es no formar al especialista que solo entiende de su especialidad y olvida las demás, dividiendo al enfermo en partes, mecánicamente. Es obligación, entonces, de los maestros que tienen a su cuidado la formación de los futuros médicos, darles una preparación integral y es obligación, también, de los médicos luchar por adquirir un conocimiento lo más completo posible del hombre, que le permita aplicar con mejor criterio —entendiéndolo como un todo— sus útiles conocimientos de especialista.

Es, dentro de esta filosofía, el médico internista, el que tiene más facilidades para hacer una buena labor. Su preparación más rigurosa, sus conocimientos necesariamente más amplios de la fi-

siopatología en su concepto más amplio lo capacitan mejor. Lo obligan más también.

En los últimos tiempos, ha tomado su debido lugar dentro de la medicina la Salud Pública, por lo que muchos médicos se preguntarán: ¿Cómo compaginar lo anterior con la aparentemente discrepante función de la Salud Pública? La respuesta es que la Salud Pública viene incluida en el conocimiento antropológico que el médico debe llevar dentro de sí. Por lo tanto, forman parte de una misma cosa. La Salud Pública es la materialización de lo sustentado en la antropología y en la sociología de que el hombre debe tender al bien común, sirviendo a los demás, compenetrado de la idea de que a la Sociedad le es más útil prevenir que curar. Y hoy en día, en un concepto más amplio, además de prevenir la enfermedad, proporcionar los medios para que el hombre se desarrolle cada vez más sano, tanto física como mental y socialmente.

Considerando lo anterior, se vislumbra que la solución de la crisis estará en que poco a poco se forme en la mente de los médicos la idea de que el concepto de medicina es más amplio.

Se regresa hoy a inculcar en la mente de los estudiantes de medicina los preceptos que siglos atrás estableciera Hipócrates, el médico de Cos. La medicina es un arte y una ciencia que deben ser aplicados con nobleza, honradez y sinceridad; con espíritu humilde y ágil e inteligente, encontrando siempre en la persona que sufre una dolencia a un ser humano, como nosotros mismos y no solo un conjunto de síntomas y signos, ofreciéndole la mejor solución que el avance de la ciencia ofrezca, pero administrada con arte.

Cuando se llegue a formar verdadera conciencia de lo anterior habrá terminado esta crisis. Vendrán otras, pero tenemos que solucionar esta primero. Los centros más avanzados del mundo en la enseñanza médica están dando pasos seguros en este sentido. No nos quedemos atrás.
